

JORGE MILLAS

por M.C.G.



CUANDO A LA LIBERTAD y la pureza del pensamiento moral se unen la inteligencia y el don literario en una misma personalidad, ésta aparece a nuestra admiración como un valor no sólo excepcional sino precioso y necesario para la sociedad humana.

Esa personalidad nos daña con su más afectivo y profundo interés y con la claridad de sus análisis, las fallas de nuestra naturaleza y las reservas que ésta confiere, si no para corregirlas, para ese equilibrio vital que permite al hombre sobrevivir en el mundo terrible que él mismo se ha condensado.

Hace muchas años, en plena juventud, leemos un libro de Jorge Millas titulado "Ideas de la Individualidad", cuyo contenido, expliado en un estilo de mucha belleza dejó una impresión favorable.

Hoy, leyendo un tanto tardíamente el N° 11 de la Revista "Dilema" —revista que por la calidad de sus artículos tiene una verdadera función complementaria de la mucha mediocridad que llenan por todas partes—, encontramos como primer trabajo una monografía de Millas cuyo sólo título es ya la revelación de un mal que tal vez pudimos llamar del siglo: "Las Máscaras Filosóficas de la Violencia".

La rigurosa analítica de este trabajo confunde un poco al comentador común, porque no habla uno por donde empezar y cómo encarjar una síntesis en tan reducido espacio, a lo que se agrega el lucro de que como estela del magnífico trabajo hemos reseñado el discurso de incorporación a la Academia de la Lengua, de Millas, al que queremos también referirnos. Confidimos entonces en el puro instinto abstractivo.

Como síntesis de una comprensión

general del tema: el autor dice que ciertas filosofías "han abandonado suencial intelectiva" y que otras filosofías "se han convertido en 'Máscaras'", verdad dada de inquietantes y desplazadoras alcances.

Al referirse a Marcuse, muy perspicaz representante de los máscaras que se fueron por los resultados que Millas denuncia, dice: "Las máscaras filosóficas que cubren ideologías nortadas, y al cual sin embargo concide 'algunas intelectivas'" —en lo que no concuerda ya que a nuestro juicio tiene fluidez en el desarrollo intelectual pero infundido éste de máscaras soleras. Millas da un ejemplo de esto último. Marcuse, de cuando en vez dice su condición intranquila y "se apresura a plantearse, de paso, la cuestión de si éste puede evitarse que el terror revolucionario degenera en crujidad [...]. Si semejante pregunta es filosófica es ya más que la respuesta (que él mismo se da) de que en una "verdadera" revolución hay siempre medios y maneras de evitar la degeneración del terror". Y añade Millas: "Llama aquí la atención sobre la falacia que subraya. Es un adjetivo cuya función consiste en activar otra vez la incansable de sofistificación mágica. La verdadera revolución no degenera en crujidad y brutalidad; quiere decir, pues, que las revoluciones que prima acuden a nostra mente por ejemplo la francesa de 1789 y la bolcheviques, o fueron "falsas" revoluciones o no fueron brutales".

Foro ante el referirse el autor a una discusión política, recordará que Marcuse ha sostenido que la resistencia pacífica pacífica, que la masa hindú contra la dominación británica, era también una forma de violencia [...] De haber leído Marcuse el lobo de la leyenda de Robleto.

Dario, habría tenido un argumento más para mostrarse al hecho del mano/Franisco: al fin y al cabo, según me argumento, al Santo ya se acostumbra en lecho".

Puede advertirse, entonces, que sobre la violencia revolucionaria hay similitud en sus cinco fundamentos, entre Lenin, Sorel y Marcuse.

Millas observa, conseguida que "nos socede verlos así, de pronto, en medio de esa diabólica trampa que con tanta habilidad pueden montar los diabolos [...] Para desarmar al ser humano convertido en cosa ajena, los asturianos apropiándose de él mediante la violencia, que lo hace pasar a nuestro dominio, convertido en metro instrumento de los fines humanitarios", vale decir, los fines partidistas. Y continúa el autor diciendo que la violencia revolucionaria —notemos que Millas invierte la violencia de las guerras— "supone también la ensañación de los victimarios. Con razón sus teóricos se han complacido siempre en describir la situación de estos últimos como una entrega total a la causa, a la organización revolucionaria". Con lo que el individuo en sí, su discernimiento personal, su responsabilidad ética, "queda fuera de juego". El no es ya sino un revolucionario sujetos a un poder ajeno, el que "absorbe su ser para convertirlo en pieza eficaz del mecanismo de lucha".

Tiene el autor páginas notables sobre el uso inconsciente que hacen ciertos ideólogos del concepto de "Humanidad". Por razones de espacio debemos saltarnos éste y otros párrafos que desarrollan penetrantes análisis cuya fórmula posiblemente sea: la administración. Nos defendemos, sólo en un par de páginas. Desde luego, la liberación de toda la Humanidad tan cantada por los comunistas. Dice: "su fantasía da vueltas y vueltas al toroín en fin de la utopía [...] Dónde está la sociedad sin clase, dónde la comunidad de trabajadores sin el Estado, dónde el hombre puro, todo generosidad y altruismo, unido a los demás hombres por la alegría del trabajo creador y no ensañado". A los viejos socialistas obispos ya no podemos pedirles cuenta. Pero a Marx "científico" tampoco. Cuanto a los nuevos discípulos dicen que el secreto de la doctrina "ha sido mal interpretado".

Como Marcuse defiende el ateísmo en interés de la humanidad, Millas cree del contrario que es en su interés —porque el obispo filósofo no lo define— y quello lo determina, "el marxista que quiere extenderse al anarcosindical o al anarquista que quiere acabar con el marxismo". Y añade que hay causas marxistas en pro de esa Humanidad tan idealizada y llevada, "que no es otra cosa que el tránsito de nuestro proprio ego".

Nos preguntamos qué ha sido del famoso Marcuse. La juventud (conviene observar que una de las aseveraciones del ideario marcuseano fue dirigirse a la juventud, seguramente de que su filial retratismo repudiada se responde) con su natural pionero, parece haberlo dejado de mano. Y si la memoria no piensa, sus filosofías politizadas, tanto como las de Sartre, no habrían muy santo papel en Mayo del 68. En el libro "Ecología y Revolución", escrito por nueve autores, comprendido Marcuse, éste muestra una de esas contradicciones extrañamente filosóficas que lo caracterizan, en el subtítulo de su artículo: "La lucha por ampliar el mundo de la belleza, de la no-violencia, de la tranquilidad, es una lucha política". Bello. Sólo que queríamos recordar de su defensa del terrorismo encajar tan político racionalizado?

Cuando se recorre la historia del género humano puede creerse a veces que igual como el individuo que endosque por causas orgánicas aún no des-

coberadas, las naciones o agrupaciones humanas también nacen contra hacia una forma de locura que arrastra, incluye, a sujetos intelectuales bien dotados. De la similitud de éstas trata Jorge Millas en un pasaje del Discurso académico a que aludimos, conteniéndose en su libro, "De la tarta intelectual". Queremos referirnos súper a algunos párrafos de él.

Aludiendo a los chicos bienes poseídos por los ideólogos, adverte estos "millones de bichitos en el mundo, dispuestos de renunciar a la tierra del mundo, al sol biológico que los anestesiaba frente a los padecimientos reales de sus vidas, se han refugiado en la mente inspiradora fundida de un más allá histórico que avanza largo", añadiendo luego que lo peor que puede suceder es que "el mejor sea el primer anestesiado y que no quede nadie capaz de cumplir el papel del salvaje sociólogo y de aliviar la cruda".

Desgraciadamente, hoy no es la época sino la tortura y la industria de las prácticas psiquiátricas.

Ofrece un profundo interés el pasaje en que Millas trata de la igualdad y su contrario, la desigualdad en el conglomerado social. Y así dice que "la humanidad justicia viene a parar en un plantamiento paradójico: cierto tratar igualitariamente a los naturalmente desiguales". Desarrolla entonces que si ambos extremos representan del orden material de las cosas, su distinción ética, su escala moral, resultan casi inalcanzables. Debemos concluir aquí una observación nuestra igualmente insólita: Su referencia al constante resarcir en la obra de Platón la idea de igualdad, esto es de la justicia, "la virtuosa y perfecta regla de justicia", nos trae a la mente otra regla de Platón bien extraña y que, podría decirse, parte de la palabra "humanes", la cual significa en Grecia "trabajo manual, mercancía", significación que encubría el sentido de "cosa vulgar, gruesa". En esta acepción concordaban Heródoto, Jenofonte, Platón y aun Aristóteles, cosa que chocó vivamente con la mentalidad de nuestros días. Dice Platón en su "Gorgias", por boca de Calícrates, que, áfil y todo, al trabajador manual "lo depreciamos a él y a su arte, y como una olera ilustraria humanes...". Algo en el espíritu de uno se sume en una turbación dolorosa y declara que no comprende. Porque aquéllos eran hombres de vasta sabiduría y muchos de sus tratados sobre la naturaleza humana mantienen su vigencia hasta hoy.

Estoy ansioso de anotar o clasificar lo de arriba con lo que escribió Millas diciendo que Platón ha vibrado en la paradoja [...] tanto que una y otra vez a lo largo de su obra [...] nos confronta con el tema de la justicia [...] como una verdadera ironización, un elemento irremediable".

Frente a las interpretaciones de la idea platónica, a menudo de tipo conservador, Millas nos pone en guardia. Y cuando más adelante expone que "sólo un saber de orden racional puede arrancar la verdadera justicia" y añade que la idea de lo justo está ligada a una idea pragmática de lo conveniente, nos parece visionario. ¡Ah! ¡Apenas vibrando!— Una correlación entre aquellas tan distintas posiciones platónicas, es decir, esa constante de Platón sobre la igualdad o justicia tanto su banalidad y sus conceptos sobre la esclavitud permanecen inmóviles en su simplicidad.

Trinamios, aquí este otro poco denso somario recorrido siguiendo el pensamiento de Millas cuyas brillantes sintesis analíticas exaltan una virtud que asombró la inauditablemente cuando más crece la explosión demográfica: la virtud de la libertad de aquellas obras que son benditas los mejor dotados.

AUTORÍA

M. C. G.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Jorge Millas [artículo] M. C. G. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)